

**LA LEYENDA
DEL JINETE SIN CABEZA**

WASHINGTON IRVING

se



En un tranquilo valle del estado de Nueva York, Sleepy Hollow, circulan todo tipo de creencias e historias de fantasmas. La más popular es la leyenda del Jinete sin Cabeza, terrorífico espectro de un soldado cuya cabeza fue arrancada por una bala de cañón. Ichabod Crane, respetado maestro de la comunidad que lucha por el amor de la bella Katrina, tendrá la oportunidad de constatar la veracidad de esa leyenda.



Washington Irving

La leyenda del jinete sin cabeza

ePub r1.0

GONZALEZ 26.07.16

Título original: *The Legend of Sleepy Hollow*

Washington Irving, 1820

Traducción: Ediciones B

Editor digital: GONZALEZ

ePub base r1.2



LA LEYENDA DE *SLEEPY HOLLOW*

Encontrado entre los papeles del difunto Dietrich Knickerbocker

En el seno de uno de esos espaciosos recodos que forma el río Hudson en su tramo oriental, y que los antiguos navegantes holandeses llamaban Tappaan Zee, donde los marinos prudentemente recogían sus velas e imploraban el apoyo de San Nicolás, se encuentra un pequeño pueblo rural, en el que se celebran ferias con frecuencia. Algunos la llaman Greensburgh, pero la mayoría la conoce más propiamente por Tarry Town. Se dice que le dieron este nombre las amas de casa de la región vecina, debido a la inveterada propensión de sus maridos a pasar el tiempo en la taberna de la villa durante los días de mercado.^[1] Como quiera que sea, yo no aseguro este hecho, sino que simplemente me limito a hacerlo constar para ser exacto y veraz. No muy lejos de esta villa, quizá a unos tres kilómetros, se encuentra un vallecito situado entre altas colinas, que es uno de los lugares más tranquilos del mundo. Corre por él un arroyo, cuyo murmullo es suficiente para adormecer al que lo escucha; el canto de los pájaros es casi el único sonido que rompe aquella tranquilidad uniforme. Recuerdo, cuando era todavía joven, mi primera excursión de caza en un bosque de nogales que da sombra a uno de los lados del valle. Había iniciado la caminata al mediodía, cuando todo está tranquilo, tanto que me asustaban los disparos de mi propia escopeta que interrumpían la tranquilidad del sábado y que el eco reproducía. Si quisiera encontrar un refugio a donde dirigirme para huir del mundo y de sus distracciones, y pasar en ensoñaciones el resto de una agitada vida, no conozco lugar más indicado que este pequeño valle.

Debido a la particular tranquilidad del lugar y al carácter de sus habitantes, que son descendientes de los originarios colonos holandeses, esta aislada región ha sido llamada *Sleepy Hollow*.^[2] En las regiones vecinas se llama a los campesinos de esta región «los muchachos de Sleepy Hollow». Una influencia letárgica y ensoñadora parece invadir hasta la misma atmósfera. Algunos dicen que un doctor alemán embrujó el lugar, en los primeros días de la colonia; otros afirman que un viejo jefe indio, brujo de su tribu, celebraba aquí sus peculiares ceremonias, antes de que estas tierras fueran descubiertas por Hendrick Hudson. Lo cierto es que el lugar continúa todavía bajo la influencia de alguna fuerza mágica, que domina las mentes de todos los habitantes, obligándolos a caminar como en una continua ensoñación. Creen en toda clase de cosas maravillosas; están sujetos a trances y visiones; frecuentemente observan hechos extraños y oyen melodías y voces en el aire. En toda la región abundan las leyendas locales, los lugares encantados y las supersticiones. Las estrellas fugaces y los meteoros aparecen con más frecuencia aquí que en ninguna otra parte del país, y los monstruos parecen haber elegido este lugar como escenario favorito de sus juegos.

Sin embargo, el espíritu dominante que se aparece en estas regiones encantadas, y que parece ser el comandante en jefe de todos los poderes del aire, es un jinete sin cabeza. Se dice que es el fantasma de un soldado de las tropas del gran duque de Hesse al que una bala de cañón le arrancó la cabeza, en una batalla sin nombre, durante una revolución; los campesinos lo ven siempre corriendo por las noches, como si viajara en las alas del viento. Sus excursiones no se limitan al valle, sino que a veces se extienden por los caminos adyacentes, especialmente hasta cerca de una iglesia cercana. Algunos de los más fidedignos historiadores de estas regiones, que han coleccionado y examinado cuidadosamente las versiones acerca de este espectro, afirman que el cuerpo del soldado fue enterrado en la iglesia, que su espíritu vuelve a caballo al escenario de la batalla en busca de su cabeza y que la fantástica velocidad con que atraviesa el valle se debe a que ha perdido mucho tiempo y tiene que apresurarse para entrar en el cementerio antes de la aurora.

Esta es la opinión general acerca de esta superstición legendaria que ha suministrado material para más de una extraña historia en aquella región de sombras. En todos los hogares de la región se conoce este espectro con el nombre de «jinete sin cabeza de Sleepy Hollow».

Es notable que esa propensión por las visiones no se limita a las personas nacidas en el valle, sino que se apodera inconscientemente de cualquiera que resida allí durante algún tiempo. Por muy despierto que se haya estado antes de llegar a aquella región, es seguro que en poco tiempo estará sometido al embrujo del aire y se volverá más imaginativo, empezará a soñar y a ver apariciones.

Menciono este pacífico lugar con todas las alabanzas posibles, pues es en estos pequeños y retirados valles —que se encuentran aquí y allá en todo el Estado de Nueva York— donde la población, las costumbres y las formas permanecen fijas, mientras que la gran corriente de inmigración y progreso, que tan incesantes cambios está produciendo en otras partes de este inquieto país, pasa inadvertida. Esos valles son como los pequeños remansos de aguas tranquilas que bordean un rápido río; donde es posible ver las burbujas y las hojas que flotan en la quietud del agua, imperturbables ante la rapidez de la corriente que pasa de largo. Aunque han pasado muchos años desde que atravesé las sombras de Sleepy Hollow, me pregunto si no encontraría todavía los mismos árboles y las mismas familias vegetando en su protegido refugio.

En este sitio apartado por naturaleza, vivió en un remoto período de la historia americana, es decir hace más o menos treinta años, un notable individuo llamado Ichabod Crane, que residía temporariamente, o como a él le gustaba decir, «se demoraba» en Sleepy Hollow, con el propósito de instruir a los niños de la vecindad. Había nacido en Connecticut, región que suministra a los Estados Unidos pioneros no solo para el cultivo de la mente sino también para el bosque, puesto que produce anualmente legiones de leñadores y de maestros de escuela. El sobrenombre de «Crane»^[3] no era inaplicable a su persona. Era alto, excesivamente flaco, de hombros estrechos, largo de brazos y piernas y cuyas manos parecían estar a un kilómetro de distancia de las mangas. Su cabeza era pequeña, plana en la parte superior, provista de enormes orejas, grandes ojos vidriosos de color verde y una nariz grande, prominente, por lo que parecía el gallo metálico de una veleta que indicara desde qué lado sopla el viento. Al verlo caminar en un día tormentoso, flotando el traje alrededor de su cuerpo esmirriado, se lo podía haber tomado por el espíritu del hambre descendiendo sobre la tierra, o por algún espantapájaros escapado de un maizal.

Su escuela era un edificio bajo, construido rústicamente con troncos, que se componía de un solo cuarto; algunas de las ventanas tenían vidrios; otras estaban cubiertas con hojas de viejos cuadernos borradores. En las horas en que el

maestro no se encontraba en la escuela, se mantenía cerrada mediante una varilla de mimbre enroscada en el picaporte de la puerta y palos que trababan los postigos de las ventanas, de forma tal que, si un ladrón lograba entrar, encontraría complicado salir. El edificio de la escuela estaba situado en un paraje bastante solitario pero agradable, al pie de una colina boscosa; un pequeño arroyo corría cerca de ella y en uno de sus extremos crecía un gran abedul. El murmullo de las voces de los alumnos recitando sus lecciones, parecía, en un soñoliento día de verano, algo así como el runrún de una colmena, interrumpido de cuando en cuando por la voz autoritaria del maestro en tono de amenaza o de orden, o quizá por el sonido de la vara, que hacía marchar por el florido sendero del conocimiento a alguno de sus discípulos. Ciertamente los alumnos de Crane no se malcriaban.

Sin embargo, no quisiera que el lector se imaginara que Crane era uno de esos crueles directores de escuela que se complacen en el suplicio de sus alumnos; por el contrario, administraba justicia con discreción, más que con severidad, evitando cargar los hombros de los débiles y echándola sobre los de los fuertes. Perdonaba a los flojos muchachos que temblaban al menor movimiento de la vara; pero las exigencias de la justicia se satisfacían suministrando una doble porción a algún chiquillo holandés obstinado, que se indignaba y se endurecía bajo el castigo. Crane decía que esto era «cumplir con su deber para con los padres», y nunca infligió una pena sin tener la seguridad, consoladora para sus alumnos, de que el niño «lo recordaría y se lo agradecería durante toda la vida».

Cuando terminaban las clases, Crane era, incluso, el compañero de juegos de los muchachos mayores; y en algunas tardes acompañaba a sus casas a los más pequeños que se distinguían por tener hermanas bonitas o por ser sus madres reputadas cocineras. Le convenía estar en buenas relaciones con sus alumnos. El salario que obtenía de la escuela era escaso, tanto que difícilmente hubiera bastado para proporcionarle el pan de cada día, pues tenía gran apetito y, aunque flaco, tenía la capacidad de expansión de una boa. Para ayudarlo a mantenerse, de acuerdo con la costumbre de aquellas regiones, los padres de sus alumnos le proporcionaban casa y comida. Vivía una semana en casa de cada uno de ellos, recorriendo así toda la vecindad, llevando sus efectos personales atados en un pañuelo de algodón.

Para que esta carga no fuera muy onerosa para los bolsillos de sus rústicos

patrones, que se inclinaban a considerar a la escuela como una carga gravosa y que tenían a los maestros por simples zánganos, Crane se valía de diferentes procedimientos a fin de hacerse útil y agradable. En algunas ocasiones ayudaba a los granjeros en los trabajos menos difíciles: formar las parvas, llevar los caballos al abrevadero, arrear las vacas a las tierras de pastoreo y cortar leña para el hogar. Dejaba de lado toda la dignidad y arrogancia con los que gobernaba en su pequeño reino escolar, y se volvía maravillosamente gentil. Agradaba a las madres, acariciando a los chiquillos, particularmente a los más pequeños, y como el león, que de puro magnánimo se hizo amigo de la oveja, se pasaba las horas enteras con un niño en las rodillas, mientras mecía con el pie la cuna de otro.

Además de sus otras actividades, era el maestro de canto del pueblo y ganaba sus buenos chelines instruyendo a la gente joven en la entonación de salmos. Aposentarse los domingos en el coro de la iglesia, acompañado por un grupo de cantores elegidos, era fuente de no poco orgullo para él, que creía llevarse las palmas a los ojos del párroco por ser el mejor entre todos esos cantores. Ciertamente que su voz se elevaba muy por encima de la del resto de la congregación. En aquella iglesia todavía se oyen los domingos vibraciones que alcanzan a más de un kilómetro de distancia, y que muchos tienen por descendientes legítimos de la nariz de Crane. Mediante estos diversos e ingeniosos procedimientos, aquel notable pedagogo se las arreglaba para vivir bastante bien; y todos los que no entendían nada del trabajo intelectual creían que su vida era maravillosamente fácil.

El maestro de escuela es, en general, un hombre de cierta importancia en los círculos femeninos de una región rural, por considerárselo una especie de caballero ocioso, de gustos y logros enormemente superiores a los de los rudos campesinos y cuya sabiduría es solo inferior a la del párroco. En consecuencia, en cuanto aparece a la hora del té en una granja, provoca cierta agitación y la aparición sobre la mesa de un plato adicional de golosinas o de tortas, induciendo a veces al ama de casa a sacar a relucir la tetera de plata. Nuestro literato, en consecuencia, estaba feliz de ver las sonrisas que le prodigaban todas las damiselas de la región. ¡Cómo sobresalía su figura en el patio de la iglesia, durante los intervalos entre las misas de los domingos, repartiendo entre ellas las uvas que había recolectado de los viñedos vecinos, recitando los epitafios de las lápidas o caminando, despreocupadamente rodeado por ellas, los caminos linderos de los molinos vecinos, mientras los tímidos galanes pueblerinos, se

quedaban atrás avergonzados, envidiando su elegancia y compostura superiores!

Esta vida medio errante también lo convertía en una especie de gaceta ambulante que llevaba de casa en casa todos los chismes locales, por lo que siempre se lo recibía con satisfacción. Además, las mujeres lo estimaban por ser un hombre de gran erudición, que había leído íntegramente varios libros y que dominaba a la perfección la *Historia de la brujería en Nueva Inglaterra*, obra de Cotton Mather en la cual él creía fervientemente.

Crane era, en realidad, una extraña mezcla de picardía aldeana e ingenua credulidad. Su apetito por lo maravilloso y su capacidad para digerirlo eran igualmente extraordinarios, cualidades ambas que había aumentado residiendo en aquella región encantada. Ningún relato era demasiado extraño o monstruoso para su gusto. Después de haber terminado sus clases se entretenía, tendido en el prado junto al arroyo que pasaba al lado de su escuela, leyendo el terrible libro de Mather, hasta que la página impresa era solo un conjunto de puntos negros. Se dirigía entonces a través de los arroyos y pantanos y de los sombríos bosques, hacia la granja en la que le tocaba vivir esa semana. En aquella hora embrujada, todo sonido de la naturaleza excitaba su fogosa imaginación: los graznidos de las aves desde la colina, los silbidos de los renacuajos, los truenos anunciando la tormenta, los gemidos de las lechuzas o la desbandada de los pájaros asustados por el canto del gallo. Las luciérnagas que titilaban en los lugares más oscuros lo alarmaban cuando alumbraban el camino con su extraña luz. Incluso si, por casualidad, algún escarabajo venía volando a estrellarse contra él, pensaba que era obra de alguna bruja. En tales ocasiones el único recurso con el que contaba para cambiar sus pensamientos o alejar los espíritus maléficos consistía en cantar salmos; los buenos habitantes de Sleepy Hollow, sentados a las puertas de sus casas, se asustaban al oír la melodía nasal que parecía flotar en alguna colina distante o a lo largo del oscuro camino.

Otra de sus diversiones terroríficas consistía en pasar las largas noches de invierno con las viejas holandesas, mientras ellas hilaban, junto al fuego en el que se asaban en fila las manzanas. Escuchaba entonces sus tenebrosos relatos acerca de aparecidos, de espíritus y duendes, de casas embrujadas, de arroyos, puentes y campos fantasmales, y en particular del jinete sin cabeza, o el soldado de Hesse, como se lo llamaba a veces. A cambio, él las divertía a su vez con sus anécdotas de brujerías y con las portentosas visiones y terribles signos y sonidos del aire, que prevalecían en los primeros tiempos de Connecticut, o las aterrorizaba con teorías acerca de los cometas y las estrellas fugaces, y con el

hecho alarmante de que el mundo daba vueltas y que la mitad del tiempo, ellos se encontraban patas para arriba.

Pero bastante caro le costaba el placer de sentarse bien abrigado al lado del fuego, en una habitación en la que ningún fantasma se atrevería a presentarse, pues debía pagarlo con los terrores de su vuelta a casa. ¡Qué terribles formas y sombras se cruzaban en su camino, a la luz tenue y espectral de una noche de nevada! ¡Con qué ansiedad observaba el más débil rayo de luz proveniente de alguna ventana distante! ¡Cuántas veces un arbusto cubierto de nieve le pareció un fantasma que, vestido con una sábana, se cruzaba en su camino! ¡Cuántas veces tembló de espanto al oír el ruido que hacían sus propias pisadas sobre la tierra helada! Temía darse vuelta, no fuera a encontrarse con algún horrible monstruo. ¡Cuántas veces se sentía próximo a desmayarse al confundir el ruido de alguna ráfaga de viento entre las ramas de los árboles, con el jinete sin cabeza!

Todo esto, sin embargo, no era más que el terror de la noche, fantasmas de la mente que se deslizan en la oscuridad; y aunque había visto muchos espectros en su vida y más de una vez se había sentido poseído por el mismo Satanás en diferentes formas durante sus paseos nocturnos, todo terminaba con la llegada del día. Habría tenido una vida feliz a pesar del diablo y de sus malas obras, si no se hubiera cruzado en su camino un ser que causa más preocupaciones a los hombres mortales que los aparecidos, los espíritus y todas las brujas juntas: una mujer.

Entre los alumnos de música que se reunían una tarde por semana para aprender el canto de los salmos, se encontraba Katrina Van Tassel, hija única de un rico labrador holandés. Era una floreciente joven de 18 años, regordeta, de piel rosada como los duraznos de la huerta de su padre, apreciada por todos no solo por su belleza, sino por las expectativas de la riqueza que habría de heredar algún día. Además, era algo coqueta, lo que podía percibirse incluso en su vestuario, que mezclaba muy apropiadamente lo antiguo y lo moderno como para hacer resaltar sus encantos. Llevaba joyas de oro puro, que había traído de Saardam su tatarabuela, el tentador chaleco de los antiguos tiempos y una falda tan provocadoramente corta, que permitía ver el más bello tobillo y pie de toda la región.

Ichabod Crane tenía un corazón blando y veleidoso hacia el bello sexo. No es de extrañar que muy pronto se decidiera por un bocado tan tentador, especialmente después de haber visitado la mansión paterna. El viejo Baltus Van

Tassel era el más perfecto ejemplar de granjero próspero, contento con el mundo y consigo mismo. Es verdad que su mirada o sus pensamientos rara vez iban más allá de las fronteras de su propia granja, pero dentro de ella todo era confortable, alegre y bien arreglado. Estaba satisfecho, pero no orgulloso, de su riqueza y se vanagloriaba más de su generosa abundancia que del estilo en el que vivía. Su granja estaba situada a orillas del río Hudson, en uno de esos rincones verdes, protegidos y fértiles en los cuales gustan tanto de hacer sus nidos los granjeros holandeses. Daba sombra a la casa un árbol de gran tamaño, al pie del cual brotaba una fuente del agua más clara y fresca, la que luego de formar un estanque, se deslizaba entre los pastos hasta un arroyito cercano. Cerca de la vivienda se encontraba un gran galpón, que podría haber servido de capilla, y que parecía estallar de tan repleto que estaba con los tesoros que producía la tierra. Allí se oía de la mañana a la noche, el ruido de los instrumentos de labranza; cantaban sin interrupción los pájaros; filas de palomas se entregaban al disfrute de tomar sol en el tejado, algunas de ellas miraban con un ojo hacia arriba como vigilando el clima, otras escondían la cabeza entre las alas o entre las plumas de la pechuga, y otras se cortejaban, emitiendo los gritos propios de su raza e hinchando el pecho. Los cerdos, bien alimentados y con sus pieles brillosas, gruñían reposadamente, sin moverse, en la tranquilidad y abundancia de sus chiqueros, de donde salían, de cuando en cuando, piaras de lechones, para tomar un poco de aire fresco. Un numeroso escuadrón de blancos gansos nadaba en un estanque adyacente, arrastrando detrás de sí su numerosa prole. Los pavos recorrían en procesión la granja. Ante la puerta del depósito hacía guardia el valiente gallo, ese modelo de esposo, de soldado y de caballero, batiendo sus relucientes alas y cacareando todo su orgullo y la alegría de su corazón. Algunas veces se dedicaba a escarbar la tierra, llamando entonces generosamente a su siempre hambrienta familia para que compartiera el riquísimo bocado que acababa de descubrir.

Al maestro se le hacía agua la boca al observar este promisorio lugar. Su mente, continuamente torturada por el hambre, lo hacía imaginarse a cada lechón que caminaba sabrosamente adobado en un plato y con una manzana en la boca; las palomas se las representaba servidas en una tarta sobre una capa de verdura; los gansos nadaban en su propia grasa, y los patos en parejas, como marido y mujer, flotando en salsa de cebolla. En los cerdos veía los futuros jamones, a los pavos presentados a la mesa como es costumbre, con un collar de sabrosas salchichas; y aun los gallos aparecían servidos en el plato con sus alas hacia

arriba, como pidiendo esa moneda que su espíritu orgulloso se había negado a pedir en vida.

Mientras la imaginación de Ichabod se deleitaba con todas estas cosas, sus ojos verdes recorrían los ricos pastos, las abundantes plantaciones de trigo, centeno y maíz y la huerta llena de árboles frutales que rodeaba la casa de Van Tassel. Su corazón ardía por la joven que había de heredar todo aquello, imaginándose lo fácil que sería transformarlo en dinero contante y sonante, que podría invertir en inmensas extensiones de tierras vírgenes y palacios de tejas en otras soledades. Su fantasía lo llevaba tan lejos que lo daba todo por hecho, y ya se veía con la bella Katrina y una tropa de chiquillos, en una carreta, cargada con toda clase de utensilios domésticos, las pavas y las cacerolas colgando a los costados, y él galopando tranquilo al lado, montando una yegua a la que seguía un potrillo, rumbo a Kentucky, Tennessee, o Dios sabe adonde.

Cuando entró en la casa, quedó completada la conquista de su corazón. Era uno de esos espaciosos hogares aldeanos, de altos techos inclinados, construido en el estilo de los primeros colonos holandeses. El techo se prolongaba más allá de los muros, formando una especie de galería a lo largo del frente de la casa que podía cerrarse en caso de mal tiempo. Allí se encontraban guadañas, arreos de montar y diversos instrumentos agrícolas, así como redes para pescar en el río cercano. A lo largo del muro había bancos, que se utilizaban solo en verano. En un rincón se encontraba una rueca y en otro, una máquina para hacer manteca, lo que demuestra los diversos usos a que se destinaba aquel porche. De aquí el maravillado Crane pasó al salón que formaba el centro de la casa y que era el lugar donde pasaban la mayor parte del tiempo. En un armario de cristales relucían hileras de fina porcelana. En un rincón había un fardo de lana, listo para hilar; en otro, el lino esperaba lo mismo; guirnaldas de manzanas y duraznos secos mezcladas con pimientos colgaban de los muros. Una puerta abierta le permitió observar la sala de las visitas, donde las sillas y los muebles de caoba brillaban como espejos; decoraban la habitación naranjas de yeso y motivos marinos; huevos de diferentes colores formaban otras guirnaldas; en el centro del cuarto colgaba un gran huevo de avestruz y un mueble esquinero, abierto a propósito, mostraba enormes tesoros de plata vieja y rica porcelana.

Desde el mismo momento en que Ichabod posó sus ojos sobre estas comarcas de deleite, terminó la paz de su espíritu y el único objeto de su estudio fue cómo ganar el afecto de la hija única de Van Tassel. En esta empresa encontró dificultades mayores que las de los caballeros andantes de los tiempos

legendarios, quienes solo tenían que vérselas con gigantes, brujos, fieros dragones y otros adversarios fáciles de vencer, y que solo debían abrirse paso a través de puertas de hierro y bronce y muros de diamante para llegar hasta la parte interior del castillo, donde estaba confinada la dama de sus pensamientos. Todo esto aquellos guerreros lo hacían tan fácilmente como partir un pan dulce de Navidad, luego de lo cual la dama les concedía su mano, como si fuera la cosa más natural del mundo. En cambio, Ichabod tenía que encontrar su camino hasta el corazón de una coqueta campesina, que poseía un verdadero laberinto de caprichos y ocurrencias y que cada día presentaba nuevas dificultades e impedimentos; además tenía que habérselas con numerosos y formidables adversarios, seres de carne y hueso, rústicos admiradores que guardaban celosamente todas las puertas que conducían a su corazón, vigilándose mutuamente, prontos para hacer causa común contra algún nuevo competidor.

Entre estos, el más formidable era un muchacho corpulento y ruidoso, llamado Abraham, o de acuerdo con la abreviatura holandesa, Brom Van Brunt, el héroe de la vecindad en la que llevaba a cabo sus hazañas de fortaleza y resistencia. Era de anchos hombros y llevaba cortos sus ondulados cabellos negros. Su rostro reflejaba una expresión burlona, pero no desagradable, mezcla de diversión y arrogancia. Debido a su cuerpo hercúleo y a sus fuertes brazos lo llamaban Brom Bones,^[4] nombre por el cual era generalmente conocido. Tenía fama de tener grandes conocimientos y habilidades como jinete y de dominar su caballo como un tártaro.

Ganaba todas las carreras y riñas de gallos; y con el ascendiente que presta la fortaleza física en la vida rural, era el juez indiscutido de todos los conflictos. Entonces echaba su sombrero hacia un lado y daba su opinión con un aire que no admitía broma o réplica. Siempre estaba dispuesto para peleas o para fiestas, pero todas sus acciones tenían más de traviesas que de malvadas. A pesar de su rudeza, poseía en el fondo un carácter bromista. Tenía tres o cuatro compañeros, amigos suyos, que lo tomaban como modelo y a la cabeza de los cuales recorría la región, presentándose en todo lugar donde se prometiera diversión o riña. En tiempo frío se lo distinguía por su gorro de piel, rematado en una orgullosa cola de zorro; cuando la gente, reunida por cualquier motivo, distinguía a la distancia esta bien conocida cresta cabalgando en medio de su escuadra de jinetes, se preparaban para una tormenta. Algunas veces se oía a su pandilla a medianoche, pasando a caballo a lo largo de las granjas, gritando y aullando como una tropa

de cosacos del Don; las mujeres de edad, arrancadas al sueño por aquel barullo, escuchaban el desordenado ruido hasta que se perdía en la lejanía, y exclamaban entonces: «¡Ah! Ahí van Brom Bones y su banda». Los vecinos lo consideraban con una mezcla de terror, admiración y buena voluntad; y en cuanto ocurría alguna pelea u otro desorden en la vecindad, sacudían la cabeza y culpaban a Brom Bones por lo que fuese.

Este personaje teatral eligió a Katrina como objeto de sus galanterías, y aunque sus escauceos amorosos tenían la suavidad y gentileza de las caricias de un oso, se decía que ella no lo había despreciado completamente. Lo cierto es que sus avances eran la señal para que sus rivales se retirasen, puesto que estos no sentían ninguna inclinación por entrometerse en los amores de un león; tanto es así que cuando observaban el caballo de Brom Bones atado en el terreno de Van Tassel, signo seguro de que él se encontraba allí cortejándola, todos los otros admiradores de Katrina pasaban de largo desilusionados y se dirigían a dar batalla en otros cuarteles.

Este era el formidable rival con el cual tenía que habérselas Ichabod; examinando la situación desde todos los puntos de vista, un hombre más fuerte que él hubiera retrocedido; otro más sabio hubiera perdido toda esperanza. Afortunadamente, su naturaleza era una extraña mezcla de flexibilidad y perseverancia en forma y espíritu; aunque se doblaba, nunca se rompía; aunque se inclinaba ante la más leve presión, en cuanto esta desaparecía, se erguía otra vez, levantando su cabeza tan altiva como antes.

Invadir abiertamente el campo rival hubiera sido una locura, pues al igual que Aquiles, aquel otro apasionado amante, Ichabod no era hombre que tolerara desengaños amorosos. En consecuencia, llevó a cabo sus avances de una manera suave e insinuante. Pretextando sus clases de canto, visitó con frecuencia la granja, sin tener nada que temer de la engorrosa intervención de los padres, que tan a menudo se convierte en un obstáculo en el camino de los amantes. Balt van Tassel era un alma indulgente; amaba a su hija más que a su pipa, y como hombre razonable y padre excelente, la dejaba hacer lo que quisiera. Su notable mujer estaba demasiado ocupada con la casa y el cuidado del gallinero, pues, como ella misma observaba muy sabiamente, los patos y los gansos son tontos y hay que vigilarlos, mientras que las muchachas pueden cuidarse a sí mismas. Mientras esta diligente mujer daba vueltas por la casa o trabajaba en la rueca, el honesto Balt fumaba su pipa, observando los movimientos del pequeño guerrero de madera que, con una espada en cada mano, peleaba valientemente contra el

viento desde la veleta que coronaba el depósito. Entretanto, Ichabod seguía cortejando a su hija, al lado de la fuente bajo el olmo, o paseando al atardecer, esa hora tan favorable para la elocuencia de los amantes.

Confieso no saber cómo se enamora y cómo se gana el corazón de las mujeres. Para mí han sido siempre objeto de enigma y de admiración. Algunas parecen tener solo un punto débil, mientras que otras parecen tener millares de avenidas, por lo que pueden ser conquistadas de mil maneras distintas. Es un gran triunfo ganar a una de las primeras, pero una mejor demostración de poder es mantener la posesión de una de las segundas, pues un hombre debe defender toda puerta y toda ventana de su fortaleza. Quien gane mil corazones comunes tiene derecho a obtener cierto renombre, pero quien mantiene el dominio indiscutible sobre el corazón de una coqueta es un héroe. No ocurrió así con el temible Brom Bones; su interés declinó visiblemente en cuanto Ichabod hizo sus primeros avances. En las noches de los domingos, ya no se observaba a su caballo atado en las tierras de Van Balten; y un odio mortal fue gradualmente instalándose entre él y el preceptor de Sleepy Hollow.

Brom, que a su manera era rudo y pendenciero, hubiera preferido llevar las cosas hasta la guerra abierta, planteado sus pretensiones a la dama y arreglado aquel asunto como los caballeros errantes de antaño, por un simple combate entre los dos. Pero Ichabod era demasiado consciente de la superioridad de su adversario para aceptar ese procedimiento. Había oído una amenaza de Bones, según la cual iba «a doblar al maestro en dos y lo iba a meter en el cajón de algún armario de la escuela» y era demasiado precavido como para darle la oportunidad de cumplir con su amenaza. Había algo en extremo provocador en este sistema aparentemente pacífico; no le quedaba a Brom otro recurso más que proceder con la rusticidad de su naturaleza y hacer a su rival objeto de toda clase de bromas. Ichabod se convirtió en la víctima de la caprichosa persecución de Bones y sus amigos. Estos invadieron sus hasta entonces pacíficos dominios y disolvieron una clase de canto, tapando desde afuera la chimenea. A pesar de sus formidables cerrojos y precauciones, entraron una noche en su escuela y pusieron todo patas para arriba, por lo cual, a la mañana siguiente, el pobre maestro empezó a creer que todas las brujas de los alrededores se habían reunido allí. Pero lo que era aún más molesto: Brom no desperdiciaba oportunidad de ponerlo en ridículo delante de la elegida de su corazón. Trajo un perro, verdadero campeón de los sinvergüenzas entre los de su raza, al que había enseñado a aullar de la manera más afrentosa, y lo presentó como rival de

Ichabod en la enseñanza de los salmos.

Así siguieron las cosas por un tiempo, sin producirse ningún choque material entre ambas potencias beligerantes. En una bella tarde de otoño, Ichabod, bastante pensativo, estaba sentado en su trono, una silla alta en el estrado, desde cuyas alturas vigilaba todos los negocios de su pequeño imperio literario. Tenía en la mano una férula, símbolo de su poder dictatorial. La vara con la que se administraba justicia reposaba detrás del trono, desde donde era una amenazadora advertencia para los pecadores. Sobre la mesa se veían numerosos artículos de contrabando y armas prohibidas, secuestradas a los chicos: manzanas a medio morder, hondas, trompos, jaulas para moscas, y toda una colección de gallos de pelea, bellamente cortados en papel. Aparentemente, hacía poco que se había administrado algún terrible acto de justicia, pues todos los escolares parecían estar sumergidos en sus libros, o susurraban secretos entre ellos sin perder de vista al maestro; el zumbido sordo que reinaba en el aula, como el de una colmena de abejas, fue interrumpido súbitamente por la aparición de un negro, vestido con pantalones y chaqueta de lino, y con su cabeza coronada con los restos de un sombrero redondo, como el casco de Mercurio; montaba un potro harapiento, salvaje y medio roto, al que manejaba con una soga que hacía las veces de rienda. Llegó a la puerta de la escuela con una invitación a Ichabod para asistir a una fiesta que se celebraría aquella noche en casa de Mynheer Van Tassel. Después de haber entregado su mensaje con ese aire de importancia, y esfuerzo en el lenguaje que los negros son proclives a usar en esa clase de tareas triviales, cruzó el arroyo y se lo vio dirigirse hacia el extremo del valle, henchido de la importancia y urgencia de su misión.

Todo era ahora prisa y tumulto en el aula. Crane instó a los alumnos a que se apurasen con sus lecciones, sin detenerse en tonterías. Los más rápidos se saltaron la mitad con impunidad; los remisos recibieron, de cuando en cuando, unos golpes en la espalda, para que se apresuraran o pudiesen terminar de leer una palabra larga. Se dejaron a un lado los libros, sin guardarlos en los cajones, se volcaron los tinteros, los bancos quedaron patas para arriba, y el alumnado quedó en libertad una hora antes del tiempo usual. Todos los diablos encerrados en ella salieron aullando y haciendo ruido, alegres por su temprana emancipación.

El galante Ichabod empleó al menos media hora extra en su arreglo personal, cepillando y remozando su mejor y en verdad único traje negro y mirándose en un pedazo de espejo roto que colgaba en una de las paredes de la escuela. Para

poder aparecer ante la elegida de su corazón como un verdadero hidalgo, pidió prestado un caballo al granjero en cuya casa se aposentaba por aquellos días, que era un colérico viejo holandés, llamado Hans Van Ripper. Así, gallardamente montado, salió como un caballero errante en busca de aventuras. Conforme al verdadero espíritu de una historia romántica, debo describir algunos detalles de mi héroe y su cabalgadura. El animal que montaba era un caballo de arar, medio deshecho, que había sobrevivido a todo, excepto a sus propios vicios. Estaba flaco y exhausto, con el cuello curvado hacia abajo y la cabeza como martillo; el pelaje de su crin y de su cola estaba enredado y formaba toda clase de nudos; uno de sus ojos había perdido la pupila, por lo que parecía incoloro y espectral, pero el otro brillaba como el de un verdadero demonio. A juzgar por el nombre de Pólvora, debía haber tenido fuego y brío en su juventud. Había sido el caballo de silla favorito de su amo, el colérico Van Ripper, que era un jinete furioso y que muy probablemente había infundido en el animal algo de su propio espíritu, porque aun viejo y deslucido como se veía ese potro, acechaba en él algo diabólico, mucho más que en cualquier otro animal de aquella comarca.

Ichabod era una figura digna de tal corcel. Montaba con estribos cortos, lo que levantaba sus rodillas; sacaba los codos hacia afuera como un saltamontes; llevaba el látigo perpendicularmente, como un cetro; cuando el caballo se movía, el movimiento de sus brazos recordaba las alas de un ave. Un mechón de pelo le caía sobre la cima de su nariz, pues así se podía llamar a su estrecha frente. Los faldones de su levita flotaban al aire, compitiendo con la cola del caballo. Tal era el aspecto que ofrecían jinete y cabalgadura, cuando salieron de los campos de Van Ripper: juntos formaban una extraña figura, pocas veces vista a la luz del día.

Era, como ya lo he hecho notar, una bella tarde de otoño: el cielo estaba claro y sereno y la naturaleza llevaba aquel ropaje rico y áureo que siempre asociamos con la idea de la abundancia. El bosque se había teñido de un color amarillo y pardo; algunos árboles menos resistentes, a los que ya habían herido los crudos fríos, mostraban una intensa coloración: anaranjada, púrpura y escarlata. Empezaban a aparecer bandadas de patos silvestres. Las ardillas podían escucharse en todo el bosque, de árbol en árbol y de arbusto en arbusto. Los pájaros armaban sus banquetes de despedida, jugando y cantando, maravillados con la profusión y variedad que los rodeaba. Se podía ver a los honestos zorzales gorjeando quejumbrosos, a los mirlos volando en oscuras bandadas, a los pájaros carpinteros trinando, con sus pechos negros, sus doradas alas y sus crestas

carmesí, a las charas azules con sus alegres tapados celestes y su ropa interior blanca, gritando y charlando, balanceándose de aquí para allá e intentando estar en buenos términos con cada integrante de aquella orquesta. Mientras Ichabod proseguía lentamente su camino, con sus ojos siempre atentos a cada señal de abundancia culinaria, recorría con la imaginación todos los atractivos tesoros propios de la estación. Imaginó por todas partes una gran cosecha de manzanas: algunas colgando opulentas de los árboles, otras ya en cestos, listas para ser enviadas al mercado, otras amontonándose para la prensa de sidra. Más allá vio extensos campos de maíz cuyas doradas espigas sobresalían entre el follaje y debajo de las cuales asomaban zapallos amarillos, con sus redondas barrigas al sol prometiendo exquisiteces para el paladar. Pasó luego por fragantes trigales, y respiró más allá el aroma de una colmena, ante lo cual se le anticipó el desayuno, bien provisto de manteca y miel por la delicada mano de Katrina van Tassel.

Alimentando de esta manera su mente con dulces pensamientos y azucaradas suposiciones, prosiguió su viaje a lo largo de una hilera de colinas desde las que se contempla el bello paisaje del Hudson. El sol hundía gradualmente su ancho disco por el oeste. El amplio seno del Tappaan Zee^[5] yacía inmóvil y cristalino, si se exceptúa alguna suave ondulación que prolongaba la sombra azul de las distantes montañas. Unas pocas nubes de ámbar flotaban en el cielo, sin que las moviera ninguna brisa. El horizonte era de un fino tinte áureo, que se transformaba gradualmente en un verde manzana y de ahí en un profundo azul. Un rayo de luz se detenía en los bordes boscosos de los precipicios que en algunos puntos enmarcan al río, dando mayor profundidad al gris oscuro y al púrpura de las rocas. A la distancia, una pequeña embarcación avanzaba lentamente, llevada por la corriente de la marea; sus velas colgaban inútiles de los mástiles. La imagen del cielo sobre las tranquilas aguas inducía a creer que la embarcación estaba suspendida en el aire.

Ichabod llegó al castillo de Heer Van Tassel, a la caída de la tarde. Estaba ya lleno de la flor y nata de las regiones adyacentes. Los viejos granjeros, una raza parca de rostros ajados por el sol, vestían levitas y pantalones tejidos a mano, medias azules y grandes zapatos. Sus mujeres llevaban cofias, jubones cortos, faldas que ellas mismas habían confeccionado, y bolsillos multicolores por fuera. Jóvenes regordetas vestían de una manera tan anticuada como sus madres, excepto por algún sombrero de paja, una cinta o un vestido blanco, signos de influencia urbana. Los muchachos usaban levitas, con hileras de brillantes

botones de bronce, y los cabellos atados en la nuca, siguiendo la moda de entonces.

Brom Bones era el héroe de la fiesta, a la que había llegado en su caballo favorito, Atrevido, una criatura que, como él, estaba llena de malas artes y de brío, y que nadie sino él podía manejar. Prefería siempre los caballos viciosos, aficionados a toda clase de mañas, sobre los cuales el jinete se encuentra en constante riesgo de romperse los huesos, pues era de opinión que un caballo bien domado y dócil es indigno de un verdadero hombre.

Me gustaría detenerme sobre el conjunto de encantos que se presentó a la entusiasmada mirada de mi héroe cuando entró en la sala de visitas de la mansión Van Tassel. No los de aquel ramillete de muchachas bien desarrolladas, con su lujoso despliegue de blanco y rojo, sino los de una verdadera mesa de té holandesa en los tiempos suntuosos del otoño. Era un despliegue de tortas, masitas y pasteles, los unos encima de los otros, de variadísimas y casi indescriptibles clases, solo conocidas por las experimentadas cocineras holandesas. Allí se encontraban todos los miembros de la amplia familia de la repostería: había tortas de manzana, de durazno y de zapallo, además de rodajas de jamón y de carne de ternera ahumada. No faltaban tampoco los deliciosos platos de ciruelas, peras y otras frutas en compota, ni el pescado cocido y los pollos asados, sin contar los cuencos de leche y de crema, todo entreverado lo uno con lo otro, casi en el mismo orden que lo he enumerado, y presidido por la maternal tetera que arrojaba nubes de vapor. Quisiera tomar aliento y tiempo para detallar este banquete como se merece, pero estoy demasiado ansioso por proseguir con mi historia. Por fortuna, Ichabod Crane no tenía tanta prisa como su cronista, por lo que hizo los más cumplidos honores a cada uno de los platos.

Ichabod era una criatura amable y agradecida, cuyo corazón se dilataba en proporción a la cantidad de alimento ingerido, y cuyo humor se mejoraba al comer, exactamente como les ocurre a otros hombres cuando beben. No podía menos de entusiasmarse con la posibilidad de que algún día fuera dueño y señor de este lujo y esplendor casi inimaginable. Pensó entonces qué poco tiempo tardaría en despedirse de la vieja escuela, castañeteando los dedos en señal de adiós en la misma cara de Hans Van Ripper y de cualquier otro de sus otros tacaños protectores, así como en echar a puntapiés a cualquier profesor ambulante que se atreviera a llamarlo «colega».

El viejo Baltus Van Tassel se movía entre sus huéspedes con una cara dilatada por la satisfacción y el buen humor, redonda y alegre como la luna llena.

Sus gestos de hospitalidad como anfitrión eran breves pero expresivos, limitándose a estrechar la mano, dar una palmada en los hombros, reírse fuerte e insistir en que los invitados se acercaran a la mesa y se sirvieran ellos mismos.

En aquel momento se oyó en el salón grande el sonido de la música que invitaba al baile. El músico era un hombre negro de cabellos grises, que había sido la orquesta ambulante de los alrededores durante más de medio siglo. Su instrumento era tan viejo y estaba tan golpeado como él mismo. La mayor parte del tiempo se limitaba a rascar dos o tres cuerdas, acompañando cada movimiento del arco con otro de la cabeza, inclinándose casi hasta el suelo y golpeando con el pie cuando una nueva pareja iba a empezar a bailar.

Ichabod se enorgullecía tanto de su habilidad en el baile como de su arte para cantar. Ni un hueso, ni un músculo de su cuerpo quedaban inactivos al danzar; y quien viese cómo movía su esqueleto podía imaginarse que el mismísimo San Vito, bendito patrón de los bailarines, bailaba delante de uno. Era la admiración de los negros de toda edad y condición que, proviniendo de la granja y de sus alrededores, formaban pirámides de brillantes caras oscuras en las puertas y ventanas, mirando asombrados la escena mientras sus blancos ojos rodaban siguiendo el baile y las hileras de marfil de sus dientes se extendían de oreja a oreja. ¿Qué otro estado de ánimo había de tener aquel flagelador de niños, sino de alegría y animación? La dueña de sus pensamientos bailaba con él y sonreía graciosamente a todos sus galanteos, mientras que Brom Bones, afligido por el amor y los celos, rumiaba sus pensamientos en un rincón.

Cuando terminó el baile, Ichabod se acercó al grupo de los más sabios, que junto con Van Tassel, fumaban en el porche, charlando sobre tiempos pasados y contando largas historias sobre la guerra.

Esta región, en la época de la que estoy hablando, era uno de esos lugares favorecidos por la historia, con abundancia de crónicas y de grandes hombres. Las líneas británicas y norteamericanas habían pasado muy cerca de ella durante la guerra, por lo que había sido escenario de saqueos y se había infectado con refugiados, *cowboys* y toda clase de jinetes fronterizos. Había transcurrido el tiempo necesario para que cada narrador de historias pudiera aderezarlas con un poco de fantasía y, amparado por la neblina del recuerdo, convertirse incluso en el héroe del relato.

Estaba, por ejemplo, la historia de Doffue Martling, un enorme Barbazul holandés que estuvo a punto de tomar una fragata británica con un viejo cañón de cuatro kilos, colocado detrás de un parapeto bajo de barro; pero el cañón

estalló al sexto disparo. También se encontraba allí un viejo caballero, cuyo nombre no daremos por ser demasiado rico para que lo mencionemos a la ligera, quien en la batalla de Whiteplains, siendo un excelente maestro de esgrima, paró una bala de mosquete con un espadín: la oyó silbar contra la hoja y pasó por la empuñadura, en prueba de lo cual estaba dispuesto a mostrar aquella arma blanca, cuya taza estaba ligeramente encorvada. Hablaron otros notables más, que se habían distinguido por igual en el campo de batalla, cada uno de los cuales consideraba un mérito personal que la guerra hubiera terminado felizmente.

Pero todo esto no era nada en comparación con los relatos de espíritus y aparecidos que se contaron después. La región es muy rica en tesoros legendarios de esta clase. Los cuentos locales y las supersticiones florecen mejor en estos lugares apartados, lejos del ruido del mundo, en los que viven poblaciones hace largo tiempo asentadas. Pero ese mismo folklore desaparece bajo las pisadas de la población de nuestras ciudades. Además, en la mayoría de nuestros pueblos no se alienta de ningún modo la actividad de los espíritus, pues apenas han tenido tiempo de echar un buen sueño y darse vuelta en sus tumbas cuando sus amigos sobrevivientes se alejan de la región, de forma que cuando aquellos se dedican a rondar de noche, no les queda ningún amigo a quien visitar. Tal vez esta sea la razón por la cual tan rara vez oímos hablar de aparecidos, excepto en las colonias holandesas establecidas hace mucho tiempo.

Sin embargo, la causa inmediata del predominio de las historias sobrenaturales en estas regiones se debía a la vecindad de Sleepy Hollow. El mismo aire que provenía de aquella región encantada producía el contagio, pues inspiraba una atmósfera de sueños y fantasías que impregnaba a toda la zona. Varios de los vecinos de Sleepy Hollow estaban presentes en la fiesta de Van Tassel y, como era su costumbre, empezaron a contar sus leyendas. Hubo macabros relatos sobre cortejos fúnebres, con gritos plañideros y luctuosos llantos, cosas todas vistas y oídas alrededor del árbol donde fue tomado prisionero el desdichado mayor André, y que aún estaba en pie. Alguien mencionó a la mujer de blanco que aparecía en el valle oscuro de Raven Rock, y que hacía oír sus lamentaciones en las noches de invierno antes de una tormenta, por haber perecido allí en la nieve. Sin embargo, la mayor parte de los relatos se referían al espectro favorito de Sleepy Hollow: el jinete sin cabeza, que últimamente había aparecido muchas veces patrullando la región y que, se decía, por las noches ataba su caballo entre las tumbas del cementerio de la iglesia.

La situación aislada de esta iglesia parecía convertirla en el refugio favorito de espíritus inquietos. Está erigida sobre una colina, rodeada de olmos y acacias entre los cuales sus muros pintados de blanco relucían con modestia, como un símbolo de la pureza cristiana brillando entre las sombras del retiro. Una ladera desciende suavemente hacia un plateado lago rodeado de árboles, entre los cuales se distinguen a lo lejos las montañas que bordean el Hudson. Cuando se observa el cementerio adyacente, invadido por los yuyos, y donde los rayos del sol parecen dormirse, uno se siente inclinado a creer que por lo menos allí los muertos pueden descansar en paz. A un lado de la iglesia se extiende un amplio valle arbolado, a lo largo del cual serpentea un arroyo entre rocas y troncos de árboles caídos. Sobre la parte más profunda de la corriente, no lejos de la iglesia, se construyó un puente de madera; tanto el camino que conduce a él como el mismo puente estaban sumergidos en la profunda sombra que aun en pleno día, daban los árboles que lo rodeaban, y que de noche producía una terrible oscuridad. Este era uno de los refugios favoritos del jinete sin cabeza y el lugar donde se lo encontraba más frecuentemente. Se contó la historia del viejo Brouwer, y de cómo encontró al jinete al volver de una excursión a Sleepy Hollow, cómo tuvo que seguirlo, cómo galoparon a través de los bosques y de las praderas, de las colinas y de los pantanos, hasta que llegaron al puente, donde el jinete se convirtió repentinamente en un esqueleto, que arrojó al viejo Brouwer al arroyo y desapareció por encima de las copas de los árboles con el ruido de un trueno.

Brom Bones de inmediato contó otra historia igualmente fantástica, en la que pintó las magníficas dotes hípicas del jinete. Afirmó que al volver una noche de la cercana villa de Sing-Sing, se encontró con este caballero nocturno, que se ofreció a correr una carrera con él, por un vaso de ponche, y que la hubiera ganado, pues Atrevido, su caballo, le llevaba ya varios cuerpos de ventaja al espectro equino sobre el que montaba el fantasma, de no ser porque al llegar al puente de la iglesia el soldado de Hesse desapareció en un mar de fuego.

Todos estos relatos, contados en ese tono bajo con el que las personas hablan en la penumbra, así como el aspecto de los oyentes, a los que solo iluminaba algún destello casual de las pipas, impresionaron profundamente la mente de Ichabod. Pagó generosamente en la misma moneda narrando grandes fragmentos de su autor predilecto, Cotton Mather, agregando varios hechos fantásticos ocurridos en su estado natal, Connecticut y las terribles visiones que había observado durante sus paseos nocturnos por Sleepy Hollow.

Los invitados empezaban a retirarse. Los viejos granjeros acomodaban a sus familias en las carretas y durante algún tiempo se los oía recorrer los caminos y las distintas colinas. Algunas de las damas más jóvenes montaban sobre almohadones detrás de sus festejantes favoritos, y sus alegres carcajadas, mezcladas con el golpear de herraduras, se oían a lo largo de los bosques silenciosos, percibiéndose cada vez más débilmente hasta que eran inaudibles. Finalmente, aquel escenario de ruidosa alegría quedó también silencioso y desierto. Solo Ichabod retardaba todavía su partida, buscando, de acuerdo con la costumbre, tener una conversación a solas con la heredera, convencido como estaba de que se encontraba ahora en el camino del éxito. No puedo decir qué pasó en esta conversación, puesto que no lo sé. Sin embargo, temo que algo debió de haber salido mal, pues se fue casi en seguida con aire desolado y alicaído. ¡Oh, estas mujeres, estas mujeres! ¿Había estado jugando con él aquella joven? ¿Eran las insinuaciones hechas al pobre maestro simplemente un truco para asegurarse la conquista de su rival? Solo el Cielo lo sabe, no yo. Baste decir que Ichabod abandonó la casa sin que nadie lo notara, con cara de aquel que ha saqueado un gallinero, y no el corazón de una bella mujer. Sin mirar a derecha ni izquierda, ni fijarse en la riqueza que lo rodeaba, a la cual había echado tantas miradas envidiosas, se dirigió al establo y a patadas y severos golpes despertó a su caballo, que dormía profundamente, soñando tal vez con montañas de maíz y avena y valles enteros de trébol.

En esta hora embrujada de la noche, Ichabod, alicaído y con el corazón lacerado, emprendió el viaje hacia su casa, a lo largo de las colinas que se levantan más arriba de Tarry Town y que había atravesado aquella tarde con tanto entusiasmo. La hora era tan descorazonadora como su estado de ánimo. Muy lejos de él, allá abajo, el Tappaan Zee extendía sus oscuras y profundas aguas, en las cuales de vez en cuando asomaba una embarcación de altos mástiles, anclada en la costa. En el silencio completo de la noche, Ichabod podía oír los ladridos de un perro, al otro lado del Hudson, pero el sonido era tan vago y débil que solo daba una idea de la distancia a que se encontraba este fiel compañero del hombre. De cuando en cuando, el quiquiriquí de un gallo, que se había despertado por casualidad, resonaba a lo lejos, muy lejos, en alguna granja entre las colinas, pero era como los ruidos imprecisos que se oyen en sueños. Ningún signo de vida aparecía cerca de él, excepto por el ocasional canto de un pájaro o el croar de una rana en algún pantano cercano, quejándose como si durmiera incómodamente y se diera vuelta en la cama.

Todas las historias de aparecidos y de espíritus que había oído aquella tarde se agolpaban ahora en su memoria. La noche se hacía más y más oscura; las estrellas parecían hundirse más profundamente en el cielo, y a veces las nubes las ocultaban a su vista. Nunca se había sentido tan solo y acobardado. Además, se acercaba al mismísimo lugar en el cual habían ocurrido tantas escenas de aparecidos. En el centro del camino se levantaba un árbol enorme que se destacaba como un gigante entre los otros árboles, y que era una especie de punto de referencia. Sus ramas eran retorcidas y fantásticas, lo suficientemente grandes como para formar el tronco de un árbol corriente, y se inclinaban hacia la tierra, para elevarse nuevamente en el aire. Estaba relacionado con la trágica historia del desdichado André, que fue tomado prisionero muy cerca de ese árbol. Se lo conocía como el árbol del mayor André. La gente común le profesaba una mezcla de respeto y superstición, en parte por empatía con la persona cuyo nombre llevaba, y, en parte, por las historias de extrañas visiones y terribles lamentaciones que se contaban acerca de él.

Cuando Ichabod se acercó a este árbol terrible, empezó a silbar; le pareció que alguien respondía, pero era solo el viento que soplaba entre las ramas secas. Cuando se acercó más, creyó ver algo blanco que colgaba del árbol: se detuvo y cesó de silbar; mirando con más atención comprobó que ahí era donde el rayo había alcanzado al árbol, dejando al descubierto la madera blanca. De repente oyó un gemido. Le castañetearon los dientes y sus rodillas chocaron violentamente contra la montura: era apenas el ruido de una rama grande frotándose con otra a causa de la brisa. Pasó el árbol sin riesgo, pero nuevos peligros lo esperaban.

Cerca de doscientos metros más allá, cruzaba el camino un arroyo que desembocaba en una cañada espesamente boscosa, conocida como el pantano de Wiley. Unos pocos troncos, colocados los unos al lado de los otros, servían de puente sobre esta corriente de agua. Donde el río penetraba en el bosque, un grupo de robles y castaños crecía tan densamente que arrojaba una oscuridad cavernosa sobre él. Cruzar este puente era la prueba más severa. En este mismo lugar fue apresado el infortunado André y bajo aquellos mismos árboles se habían ocultado quienes lo sorprendieron. Desde entonces, se lo consideraba un arroyo embrujado, y cualquier hombre que tuviera que pasar por allí sin compañía y en medio de la oscuridad, sentiría miedo.

Cuando se aproximó al arroyo, su corazón empezó a latir violentamente, a pesar de lo cual reunió todo su valor. Fustigó reciamente a su caballo e intentó

atravesar el puente a galope tendido, pero en lugar de avanzar, aquel viejo y perverso animal hizo un movimiento lateral y se tiró contra la empalizada. Ichabod, cuyo miedo aumentó con la demora, golpeó al animal del otro lado y le dio algunas enérgicas patadas con el otro pie, pero todo fue en vano. Su corcel arrancó, es cierto, pero solo para zambullirse en unos matorrales al otro lado del camino. El maestro a un tiempo golpeó con el látigo y taconeó las flacas costillas del viejo Pólvora, que avanzó bufando, pero solo para detenerse en seco al lado del puente, de forma tan repentina que casi arrojó al suelo a su jinete. En aquel preciso momento llegó al sensible oído de Ichabod un ruido como de algo que se movía en el agua, al lado del puente. Entre las oscuras sombras del bosque, al borde del arroyo, observó algo grande, alto y negro. No se movía, pero parecía acechar en la penumbra como un monstruo gigantesco, pronto a echarse sobre el viajero.

Al pobre maestro se le pusieron los pelos de punta. ¿Qué debía hacer? Era demasiado tarde para dar la vuelta y huir, y además, ¿qué posibilidad había de escapar de un fantasma, si es que era tal cosa, que podría cabalgar en las alas del viento? Haciendo acopio de todo su valor, preguntó con voz temblorosa: «¿Quién es usted?». Nadie le respondió. Repitió su pregunta con voz aún más alterada. Tampoco recibió ninguna respuesta. Aporreó en los costados al viejo Pólvora y, cerrando los ojos, empezó a cantar un salmo con involuntario fervor. Justo en ese momento, la cosa terrorífica se colocó de un salto en el medio del camino. Aunque la noche era oscura, podía distinguirse algo de la forma del desconocido. Parecía ser un gigantesco jinete, montado en un caballo negro de no menores dimensiones. No se presentó ni saludó, sino que se mantuvo solitario al costado del camino, trotando al lado de Pólvora, que había dejado atrás ya su miedo y sus mañas.

Ichabod, que no tenía mucha confianza en aquel extraño compañero nocturno y que se acordaba de la aventura de Brom Bones con el jinete sin cabeza, espoleó a su caballo, con la esperanza de dejarlo atrás. Pero el extraño también apuró el ritmo, por lo que se encontró a la par. Ichabod aminoró la marcha hasta ir al paso, pensando en quedarse atrás, pero el otro hizo lo mismo. El corazón se le quería salir por la boca; intentó proseguir cantando el salmo que había empezado, pero su lengua reseca estaba pegada al paladar y no pudo pronunciar una palabra. Había algo en el opresivo y terco silencio de aquel pertinaz compañero que era misterioso y enloquecedor. Pronto quedó explicado. Cuando el camino empezó a ascender, la figura de su acompañante se destacó

sobre el cielo más claro: era un gigante. Ichabod se quedó aterrorizado al observar que no tenía cabeza, pero su horror llegó al máximo cuando se percató de que la cabeza, que debía estar sobre los hombros, se encontraba sobre la silla, delante del jinete: su miedo llegó a la desesperación. Cayó sobre Pólvora un diluvio de golpes y de espoleos, en la esperanza de dejar atrás a su compañero. Pero el espectro avanzó a la misma velocidad. Corrían sacando chispas del suelo. La levita de Ichabod volaba por el aire, mientras este, con el cuerpo largo y flaco inclinado sobre la cabeza del caballo, trataba de huir a todo galope.

Finalmente llegaron al camino que va a Sleepy Hollow. Pero Pólvora, que parecía poseído por el mismo demonio, en lugar de seguir por allí, se desvió y se dirigió hacia la izquierda, bajando la colina. Este camino atraviesa un valle pedregoso, que durante un trecho de casi medio kilómetro está rodeado de árboles, al cabo del cual cruza el puente famoso de la historia del aparecido. Más allá se levanta la pequeña colina, sobre la que se encuentra la iglesia de blancos muros.

Hasta ahora el pánico de su caballo había dado una ventaja aparente a su no demasiado hábil jinete. Cuando había atravesado la mitad del valle, cedió la cincha y sintió que se deslizaba por debajo de él. La agarró con una mano tratando de asegurarla, pero todo fue en vano. Tuvo tiempo de agarrarse al cuello de Pólvora, la montura cayó al suelo y oyó cómo el caballo de su perseguidor la pisaba. Por un momento lo asustó el pensamiento de la rabia que sentiría Hans Van Ripper, pues era su montura de paseo, que utilizaba solo los domingos, pero no tenía ahora tiempo para ocuparse de tonterías. El espectro se acercaba cada vez más, y como él era muy mal jinete, le costaba enormes esfuerzos mantenerse sobre el caballo: algunas veces se deslizaba hacia un costado, otras al opuesto, y a veces caía sobre el animal con tal violencia que temía iba a quedar hecho pedazos.

Un claro en el bosque lo alegró con la esperanza de encontrarse cerca del puente de la iglesia, y el reflejo en el agua de una estrella plateada le confirmó que no estaba equivocado. Distinguió los blancos muros que relucían entre los árboles a la distancia. Recordó el lugar donde había desaparecido el fantasma que había corrido una carrera con Brom Bones. «Si puedo llegar al puente — pensó Ichabod— estoy salvado». En aquel momento oyó muy cerca de él la negra cabalgadura de su perseguidor, y hasta se imaginó que sentía su cálido aliento. Otro golpe en las costillas y el viejo Pólvora saltó hacia el puente, cuyas tablas resonaron bajo sus pisadas. Alcanzó el otro lado, desde donde Ichabod

miró hacia atrás para ver si su perseguidor, de acuerdo con todos los relatos, desaparecía entre llamaradas de fuego y azufre. Vio entonces que el fantasma se ponía de pie sobre el caballo y se disponía a arrojarle su cabeza. Ichabod trató de esquivar tan horrible proyectil, pero era demasiado tarde: dio en su cráneo con tal fuerza que lo tumbó del caballo, haciéndolo caer al suelo, desde donde pudo ver a Pólvora, al caballo negro y a su jinete fantasma, pasar como una exhalación.

A la mañana siguiente, Pólvora apareció con la brida entre las patas, mordiendo tranquilamente el pasto en los terrenos de su dueño. Ichabod no se presentó a la hora del desayuno, ni tampoco a la de la cena. Los alumnos se reunieron en la escuela a la hora acostumbrada, y pasearon sin apuro por la orilla del río, esperando al maestro que no aparecía. Hans van Ripper empezó a preocuparse por el pobre Ichabod y por su montura. Se inició una diligente investigación que pronto permitió descubrir algunos hechos. Se encontró la montura en cierto lugar del camino que conducía a la iglesia, pero estaba completamente inservible. Las huellas de los caballos, que al marcarse profundamente en el suelo demostraban que habían corrido a gran velocidad, llegaban hasta el puente. Un poco más allá, al borde del arroyo, donde sus aguas corren más negras y profundas, se encontró el sombrero del infortunado Ichabod y cerca de él, una calabaza hecha añicos.

Se rastreó el río, pero no pudo encontrarse el cuerpo del maestro. Hans van Ripper, como albacea testamentario, examinó el atado que contenía sus efectos personales. Consistían en dos camisas y media, dos bufandas, un par o dos de medias de lana, un par de trajes viejos de corderoy, una hoja de afeitar oxidada, un libro de salmos lleno de marcas, y un silbato roto que utilizaba en sus clases de canto. En cuanto a los muebles y libros de la escuela, pertenecían a la comunidad, excepto la *Historia de la brujería*, de Cotton Mather, un almanaque de Nueva Inglaterra y un libro de sueños y adivinación, entre cuyas hojas se encontraba un papel que contenía una poco feliz tentativa de escribir unos versos en honor de la heredera de Van Tassel. Hans van Ripper arrojó a las llamas aquellos libros junto con el ensayo poético. Desde aquella fecha se decidió a no mandar más sus hijos a la escuela, alegando que no había visto nunca que el leer o escribir condujera a algo bueno. Si el maestro poseía algún dinero —había cobrado su sueldo uno o dos días antes— debía de tenerlo consigo cuando desapareció.

Este extraño evento fue objeto de mucha especulación en la iglesia el

siguiente domingo. Se discutió el asunto y corrieron toda clase de chismes en el cementerio, en el puente y en el lugar donde se habían encontrado el sombrero y la destrozada calabaza. Se recordaron las historias de Brouwer, de Bones y muchos otros. Después de considerarlas atentamente y compararlas con las circunstancias del presente caso, negando con sus cabezas, llegaron a la conclusión de que el jinete sin cabeza se había llevado a Ichabod. Como era soltero y no tenía deudas, nadie se preocupó más por él. Se trasladó la escuela a otra parte del valle y otro maestro tomó su puesto.

Cierto es que un viejo granjero que estuvo en Nueva York varios años después, y por el cual se conoce esta historia, contó al volver que Ichabod Crane vivía y que había abandonado el valle, en parte por miedo al fantasma y a Hans van Ripper, y, en parte, mortificado por el súbito rechazo de la heredera. Agregaba que se había trasladado a una parte distante del país, que había seguido enseñando e iniciado el estudio de la jurisprudencia, combinando ambas cosas, hasta que recibió su título de abogado; que se había dedicado después a la política y al periodismo y que finalmente había ingresado en la magistratura. Brom Bones, poco después de la desaparición de su rival, condujo triunfal a la rozagante Katrina al altar. Algunos observaron que cuando se contaba la historia de Crane, Brom Bones estallaba en carcajadas al oír mencionar el asunto de la calabaza, lo que inducía a muchos a pensar que sabía más de lo que decía.

Sin embargo, las viejas, que son los mejores jueces en estos asuntos, afirman hasta el día de hoy que Ichabod Crane desapareció por medios sobrenaturales, y es la historia favorita de las noches de invierno. El puente se convirtió más que nunca en el objeto de un terror supersticioso, y esa puede ser la razón por la cual se cambió la traza del camino, de forma de poder llegar a la iglesia sin pasar por él. La escuela fue abandonada y pronto empezó a decaer; se murmuraba que aparecía por allí el espíritu del infortunado maestro, y más de un campesino camino a casa en una tranquila noche de verano, creía oír su voz a la distancia entonando un melancólico salmo, en la tranquila soledad de Sleepy Hollow.

POST SCRIPTUM

Encontrado entre los manuscritos del señor Knickerbocker

He reproducido el cuento que antecede casi exactamente como me lo contaron en una reunión del municipio de la noble ciudad de Manhattoes, a la cual se presentaron muchos de sus más sabios e ilustres habitantes. El que lo contó era un hombre agradable, de traje raído, ya entrado en años, de aspecto señorial, y cuyo rostro tenía una expresión a la vez burlona y triste. Sospecho que era pobre, pues hacía muchos esfuerzos por parecer agradable. Cuando terminó su cuento, todos rieron con aprobación, distinguiéndose por sus sonoras carcajadas dos o tres concejales, que habían estado dormidos la mayor parte del tiempo. Se encontraba además un caballero de edad, enjuto, de espesas cejas, y que durante todo el relato se mantuvo serio y hasta grave. Cruzaba los brazos, inclinaba la cabeza y miraba al suelo, como si reflexionara sobre una duda. Era uno de esos hombres precavidos que nunca se ríen, sino cuando tienen razón y la ley de su parte. Terminadas las carcajadas de los presentes y luego de que se hubo restablecido el silencio, apoyó un brazo en la silla y preguntó con un leve pero sabio movimiento de la cabeza, contrayendo al mismo tiempo las cejas, cuál era la moraleja de la historia y qué pretendía demostrar.

El que había contado este relato y que se disponía a llevar a los labios un vaso de vino para refrescarse después del esfuerzo cumplido, miró al otro con un aire de infinita cortesía y, colocando lentamente el vaso sobre la mesa, explicó que el cuento tendía a demostrar de la manera más lógica lo siguiente:

No existe ninguna situación en la vida que no tenga sus ventajas y sus

alegrías, siempre que seamos capaces de aguantar una broma.

En consecuencia, el que se atreve a correr una carrera con un fantasma, es probable que salga bastante mal parado.

Ergo, que es una suerte que un maestro de escuela reciba una negativa al pedir la mano de una heredera holandesa, puesto que así se le abre el camino para más elevadas actividades.

El cauto caballero enarcó diez veces las cejas ante esta explicación, quedando muy extrañado de la racionalidad del silogismo. Creí observar que el narrador de esta historia lo miraba con aires de triunfo. Finalmente, el caballero dijo que todo eso estaba muy bien, pero que creía que el relato era bastante extravagante y que había uno o dos puntos sobre los cuales tenía sus dudas.

«En confianza —replicó el que había contado la historia—, en lo que a eso respecta, yo mismo no creo ni la mitad».



WASHINGTON IRVING (Manhattan, 1783 - Tarry Town, 1859), es uno de los escritores norteamericanos más populares de su país, al punto de que muchas calles llevan su nombre. Maestro en el relato breve, sus historias combinan el humor con el terror en un equilibrio sorprendente. *La leyenda de Sleepy Hollow* es una de esas joyas misteriosas que desconciertan a los lectores por su registro elevado, vocabulario riquísimo, personajes sencillos, ambiente fantasmagórico y un final ingenioso e inolvidable.

Notas

[1] *Tarry Town* en español quiere decir “pueblo de la demora”. <<

[2] *Sleepy Hollow* en el original. Se ha preferido mantener el topónimo que da nombre a la obra en el idioma de origen, cuya traducción sería “Valle Dormido” o “Valle Somnoliento”. <<

[3] *Crane* puede traducirse como “grúa”. <<

[4] *Brom Bones* en el original. *Bones* en inglés, quiere decir “huesos”. <<

[5] El Tappan Zee es un ensanche natural del río Hudson, que llega a tener unos 5 kilómetros en su parte más ancha, donde forma una especie de lago. Se encuentra en el sudeste del estado de New York, 16 km al norte de Manhattan.

<<